



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI  
FOROS DE LITERATURA

## FORO: LA CRÓNICA

Foros de Literatura del CELAUP

Aproximación a la  
**CRÓNICA**

Encuentro con escritores  
y sus crónicas

**Invitados:**

Arturo Almandoz	Profesor de la Universidad Simón Bolívar
Armando Coll	Escritor y periodista.
Karl Krispin	Escritor, profesor de la Unimet.

Miércoles 9 de octubre  
Auditorio Fundación Polar / 10:30 a.m.

Departamento de Humanidades

UNIVERSIDAD METROPOLITANA  
[www.unimet.edu.ve](http://www.unimet.edu.ve)

"Aproximación a la crónica"

Miércoles 9 de octubre de 2013, 10.30 AM

Auditorio Polar de la Universidad Metropolitana

Invitados: Arturo Almandoz, Armando Coll y Karl Krispin.

### KARL KRISPIN

Nuestro querido y denostado *Diccionario de la Lengua Española* define la crónica como:

Del lat. *chronica*, y este del gr. *χρονικά [βιβλία]*, [libros] en que se refieren los sucesos por orden del tiempo. 1. f. Historia en que se observa el orden de los tiempos. 2. f. Artículo periodístico o información radiofónica o televisiva sobre temas de actualidad.

Lo que nos interesa, según nuestros amigos de la Academia, es que es un artículo periodístico. Ese artículo, ese ensayo, trabaja con la palabra y sus formas pero no puede traicionar lo que sí traiciona la literatura que es el apego a la realidad. Un cronista puede tener un estilo escritural determinado, puede encantar o aburrir a sus lectores, puede convertirse en un autor de culto y que sus artículos pasen de mano en mano, o que mismos artículos logren abultar el número de seguidores en *Twitter*. Lo que nunca podrá hacer ese cronista es desvincularse de la realidad.

Hoy en día, entre los lectores hispanohablantes se ha puesto muy de moda la crónica. Parece ser un oficio especial. Le pasa lo que le sucede a los chefs o a los diyéis. Hace algunos años alguien que se declarase diyéi de profesión era mirado como un aspirante a John Travolta de discoteca o un simple acomodador de fiestas, una figura como ese ejemplar pasado de moda que tocaba el órgano en los bailes y empeñaba desde un vals, un joropo o un *break dance*. Nuestros días le otorgan a esta profesión una importancia raigal y ecuménica: los diyéis aspiran secularmente a ser tan renombrados como Paris Hilton o Lady Gaga, y a aparecer en las primeras planas de los diarios. Los chefs han saltado de los fogones a encartados de lujo con hojas perfumadas. Hay quienes sostienen que el oficio del cronista aparece una epifanía, una revelación especial. Se me ocurre nombrar a dos escritores estadounidenses que han cultivado la crónica: Irving Wallace y Tom Wolfe. Los dos han escrito en el **New Yorker**, una de las revistas más emblemáticas del reportaje inteligente. Ambos son autores literarios pero han visto su carrera desde la integralidad de la escritura: en unos casos en clave de ficción y en otros de no ficción. Tienen esos compartimientos muy definidos porque la crónica, la no ficción, trabaja con el tiempo, establece un elemento de vinculación con lo real, se somete a lo actual o por lo menos con lo que guarda relaciones con lo actual. Cuando han escrito literatura, lo pueden hacer pactando con la realidad o subvirtiéndola, haciéndola añicos, porque la ficción es una invención, algo distinto de la realidad aunque parta de ella. Nuestros amigos Wallace y Wolfe no han hecho de sus crónicas un pasaporte para que se los privilegie por algo en particular. No solicitan incienso ni bengalas para el altar. Mi amigo el escritor Armando Coll ha dicho en algún otro trabajo que la única obra literaria de no ficción que agota el género es *A sangre fría* de Truman Capote, por cierto a partir de la cual a Capote se le secaron las tintas. Podemos seguir o no a Coll en su apreciación, pero lo cierto es que vincular la literatura, el hecho literario, a la no ficción estrictamente es un hecho sumamente difícil por no decir imposible ya que a la literatura le molesta, no le ciñe el corsé de la realidad, y por eso se dedica a inventar con o sin pudores. Nuevamente quiero definir los planos discursivos de este ensayo para que no nos perdamos en estos resbalosos reductos de la ficción y la no ficción: la literatura es la literatura y la crónica es la crónica, lo que equivale a decir que la primera habita su realidad no real mientras que la crónica tiene su domicilio en su realidad real. Se trata en estos dos casos de realizaciones escriturales adelantadas por escritores.

Acaba de ser publicada una antología de crónica latinoamericana actual. Lleva el sello de Alfaguara. Es la *Antología de crónica latinoamericana actual*. El antólogo es el escritor y académico colombiano Darío Jaramillo Agudelo. La misma incluye una serie de cronistas o escritores como Jaime Bedoya, Martín Caparrós, Leila Guerrero, Juan Villoro,

Mario Jursich, Alberto Salcedo Ramos, entre muchos otros. A Venezuela la representan Boris Muñoz, Liza López y Sergio Dahbar. La primera parte, “Los cronistas escriben sus crónicas”, es de lectura más que recomendable, por sus extraordinarios y amenísimos textos. El aburrimiento no figura ni como colado. La selección es inobjetable. El problema de este libro es su prólogo y algunas posiciones de los propios cronistas al definir su oficio. La bofetada que recibimos es la frase inicial del editor: “La crónica periodística es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en Latinoamérica”. La bruja de Blancanieves al menos le preguntaba al espejo quién era la más bella. Nuestro antólogo es quien le da instrucciones al espejo. Como plato de entrada, es intolerable una afirmación de esta desproporción. Pero, superado ese subjetivismo aleccionador, continuamos la lectura y su autor nos dice que esta crónica, que se apoya en lo “Nuevo”, como quien abjura de todo pasado, representa “un nuevo auge”, “cambia el modelo de lector”, el “arquetipo de lectura”, “las técnicas de los escritores”. Pero toda esa novedad de definiciones teóricas termina abollada cuando avocinda esta frase: “Los cronistas latinoamericanos de hoy encontraron la manera de hacer arte sin necesidad de inventar nada”. Entonces si no se inventó nada, ¿cómo quedan el “nuevo auge, el nuevo modelo de lector, la técnica diferente, el arquetipo de lectura”? De allí Jaramillo comienza a buscarles pleito a los escritores de ficción y parangona que literatura y crónica sean una sola familia. Citando a Albert Chillón hace suya la frase de que “el confinamiento de la literatura al ámbito exclusivo de la ficción es insostenible”. Enseguida volvemos a la frase latigada del principio en que se refiere a la crónica periodística y nos preguntamos: ¿Finalmente es literatura o es periodismo? A este respecto, Papa Hemingway, quien pasó por la redacción del **Toronto Star**, decía que un escritor debía trabajar por un tiempo en la redacción de un periódico para luego olvidarla. Pero entonces Jaramillo Agudelo nos habla de un curioso injerto: el periodismo literario, que es el de la crónica, es el nuevo periodismo que abjura de eso tan detestable, fatigoso y castrante que es el periodismo de todos los días. También coincide con una frase de Mark Kramer por la que “los periodistas literarios son más fidedignos que los periodistas de noticias”. De modo que estos periodistas literarios, según defiende Jaramillo, son mucho más apegados a la realidad, con lo que subvierten el espíritu de la literatura y su aventurerismo ficcional. Enfila su batería de municiones contra los diarios y sitúa a estos cronistas o periodistas literarios a salvo de las urgencias del tiempo, a pesar de ser cronistas, encerrados en una suerte de Yasnaia Poliana personal, un vanguardista bateau-lavoir redactando, unos textos muy fidedignos a los que llama literatura y que tardan semanas o meses en poderse escribir.

Esto constituye uno de sus mejores argumentos para despreciar al periodismo convencional, al que equipara a una cárcel dentro de cuyos barrotes hay que ceñirse a la prisa de la entrega. Cita a muchos para apoyar su prédica, entre ellos a Julio Villanueva Chang cuando generaliza que “el trabajo de un reportero de diario suele ser un tour sin tiempo para el azar ni la reflexión... No hay noticias, sólo comunicados”. Esta afirmación no puede ser más que una irritante nadería. Para mayores señas, concluye que la crónica es política y sobra decir que entonces esta nueva literatura de los cronistas resulta un arte comprometido. Y no obstante que Jaramillo se refiere a la crónica como la mejor de las artes escriturales, fidedigna y realista, y cae en su propia trampa cuando expresa que “el arquetipo ya no es la noticia sino lo asombroso”. Algunos de los cronistas de Indias se

dejaban atropellar también por el asombro y se dedicaban a la pura invención. Hoy habrían trabajado para los diarios amarillistas o para Hollywood. Los cronistas según Jaramillo son unos tipos especiales, héroes de su tiempo, una suerte de *cools*, de vaqueros perdonavidas, con su nueva narrativa periodística latinoamericana que curiosamente desprecian el periodismo rutinario y se refugian en las playas exclusivas de las revistas del género como **El malpensante**, **Etiqueta Negra**, **Gatopardo** y otros clubes de entrada restringida y socios VIP. En su artículo de definición del oficio, Alberto Salcedo Ramos comete esta frase: “Hay todavía muchos escritores de ficción convencidos que quienes escriben no ficción son indignos del calificativo de escritores”. La pelea sigue, como vemos, y es estéril, carente de interés y bastante aburrida por cierto, ya que a Jaramillo le acosa el tema del aburrimiento. No dejo de recomendar sin embargo esta magnífica compilación, a pesar de su muy poco asombroso prólogo. A veces no hay peor consejero que el intérprete, el defensor. Traigo a colación a Pau Arenós, un rabioso catalán que como abogado defensor de la cocina de Ferrán Adriá habla de un renacimiento gastronómico, de una edad de oro, y en medio de su tirria irracional tilda a los extranjeros de bárbaros, especialmente a los franceses que “ahora pagan los destrozos”. “No me defiendas compadre, o con amigos así, para que enemigos”, afirman los refranes de nuestra hispanidad.

La mayor parte de los escritores que cultivan la ficción también lo hacen con la no ficción en forma de ensayos, crónicas o artículos periodísticos. Uno de los escritores más ficcionales de la España del siglo XX, Álvaro Cunqueiro, se asomaba semanalmente al periódico **El Faro de Vigo** y nunca elevó esa caprichosa acusación que menciona Salcedo. Qué decir de Mario Vargas Llosa, inventor de notables mentiras literarias y articulista de **El País** de España. Del lado de los escritores de ficción no existe ese problema, visto en su generalidad. Los escritores de No Ficción son tan escritores como los de Ficción, y de acuerdo a Jaramillo hasta más escritores son. Se trata de escritores asomados a diferentes abismos. Lo que no podemos admitir, o al menos yo no puedo admitir, dicho así en primera persona como alardea Jaramillo de la primera persona, es que a la literatura la integren forzosa y exclusivamente al circuito de la realidad, porque ninguna crónica, por “más apasionante lectura y mejor escrita” de que disponga, puede tener la capacidad y mucho menos la arrogancia de reducirla a un asunto meramente fidedigno.

### **ARMANDO COLL**

Es por las llamadas Crónicas de Indias que hoy conservamos noticia del encuentro de España con América.

La primera literatura escrita en castellano de este lado del Atlántico fue en forma de crónicas.

La pieza inaugural de esa literatura del descubrimiento tal vez sea la bitácora del mismísimo Cristóbal Colón, un italiano que escribía en castellano para dirigirse a sus patrocinadores, los Reyes Católicos.

Son las Crónicas de Indias el inicio de la literatura en el español o castellano de América, nacidas de la necesidad de nombrar un mundo desconocido. La crónica primitiva, nos enseña el gran ensayista mexicano Alfonso Reyes:

No corresponde por sus fines a las bellas letras, pero las inaugura y hasta cierto instante las acompaña. Fue empeño de conquistadores, deseosos de perpetuar su fama; de misioneros que, en contacto con el alma indígena y desdeñosos de la notoriedad, ni siquiera se apresuraron muchas veces en publicar sus libros.

Es así que podemos reconocer dos vertientes en aquel relato de los españoles llegados a América: la de las hazañas de los hombres de armas; y la de los frailes “en contacto con el alma indígena”, quienes se acercaron al habitante originario del Nuevo Mundo de manera, digamos, piadosa, y se dedicaron a registrar los rasgos de las Culturas Precolombinas, sus costumbres, creencias, rituales, forma de alimentación, etc. Una vertiente la encarna Bernal Díaz del Castillo, soldado al servicio del conquistador de Tenochtitlán, Hernán Cortés, con su *Historia verdadera de la Nueva España*; y la otra la representa el enjundioso registro de Fray Bernardino de Sahagún, considerado el primer etnógrafo de América, con su *Historia general de las cosas de la Nueva España*.

La crónica, en esa oportunidad, exige una transformación del castellano. Tal como nos ilustra el ensayista colombiano Germán Arciniegas:

El 12 de octubre, y desde antes, desde el viernes 3 de agosto de 1492 en que cruzó la “Santa María” la barra de Saltes, a las ocho de la mañana, para tomar el camino de las Canarias, el castellano adquiere una nueva dimensión: la dimensión de la aventura. Va a hacerse ya una lengua navegante, ultramarina. Recibe, como si dijéramos, por primera vez el estremecimiento de las olas (...) el viaje es histórico no sólo para la geografía sino para la lengua.

El castellano hasta entonces había sido la lengua de Castilla, una región de tierra seca, encerrada y alejada del mar. Con las tres carabelas el idioma zarpa por vez primera y ha de vérselas con las cosas del océano y de las tierras ignotas más allá.

Llegado a América el perplejo testigo europeo solo podía echar mano del imaginario propio. En el caso de los frailes particularmente los insumos para interpretar un mundo ignoto provenían de la fe, el imaginario bíblico y cierta teología elemental. Un ejemplo:

Ya que he comenzado a hablar de aves, no quiero callar una cosa cierta y maravillosa que Dios muestra en un pajarito, de los cuales hay muchos en esta Nueva España, y aunque el pajarito es pequeñito, la novedad no es chica, más es muy de notar. (...) su mantenimiento es extremado, no se mantiene de simillas ni de moscas, mas solamente se ceba y mantiene de la miel o rocío de las flores, y así anda siempre con su piquillo chupando las rosas muy sutilmente, volando sin asentar sobre ellas (...) y como en esta tierra por el mes de octubre comienza la tierra a agostar y secar las yerbas y

flores (...) el pajarito vicicilin busca lugar competente a donde pueda estar escondido (...) y en una ramita delgada apégase de los pies y pónese allí escondido a dormir y muérese, y está allí hasta el mes de abril, que con las primeras aguas y truenos, como quien despierta de un sueño, torna a revivir y sale buscando a buscar sus flores, que ya en muchos árboles las hay desde marzo, y aún antes. (...) Si Dios así conserva unos pajaritos y después los resucita, y cada año en esta tierra se ven estas maravillas, quien dudará sino que los cuerpos humanos, que son sepultados y corruptibles, que no los resucitará Dios incorruptibles por Jesucristo, y los vestirá y adornará de los cuatro dotes, y manteará de la suavidad de su divina fruición y visión, pues a estos pájaros tan chiquitos así sustenta del rocío y miel de las flores, y viste de tan graciosa pluma, que ni Salomón en toda su gloria así fue vestido como uno de éstos.

Es el caso de los cronistas de la otra vertiente señalada, la que da cuenta de las hazañas de los hombres de armas que incurren con facilidad en la maravilla, en la hipérbole. Escribe la investigadora Alicia Llarena González:

Quizá, como se ha dicho también en ocasiones, también el exceso de "maravilla", la intensificación de lo extraño y "lo distinto" del paisaje americano, no sean más que reclamos hacia lo descubierto, la sutil construcción de un sustrato de curiosidad que arrancarían los favores de la Corona. Pero no por ello dejarían de ser, esas mismas anotaciones, reconocimiento de un asombro difícil de evitar. O, en otras palabras, no por exageradas o "conscientes" se despojan de su sinceridad.

En auxilio de la mudez que producía la maravilla del Nuevo Mundo acudían las fábulas, leyendas y mitos de la novela de caballería; y sus héroes, arquetipos de valentía y afán de victoria, de conquista.

\*\*\*\*\*

Desde entonces, el género de la crónica ha sido la forma en que se ha registrado la América hispana, al tiempo que la renovación del idioma.

#### I. Otro gran momento de la crónica en Hispanoamérica

Pasados los siglos, la crónica conoce otro gran momento hacia finales del siglo XIX, tiempo también de transformaciones políticas y culturales. La lengua castellana, ya arraigada secularmente en América, va de la mano de los cambios y le toca dar testimonio, renovándose a su vez.

Son las páginas de los rotativos, de la emergente industria periodística, el espacio en el que la crónica cobrará nuevo protagonismo, y gracias a la pluma, entre otros, de dos grandes poetas del Modernismo hispanoamericano: el nicaragüense Rubén Darío y el cubano José Martí.

Escribe Susana Rotker sobre ese momento estelar: “En un lugar discursivo tan heterogéneo como aún era el periodismo, los escritores recurrieron a la estilización para diferenciarse del mero reportero, para que se notase el sujeto literario y específico que había producido la crónica”.

El periodismo aún buscaba su definición, estaba lejos de ser una disciplina académica como lo es hoy, lejos de la especialización. Y fue el periodismo el oficio abrazado por hombres de letras para ganarse la vida. Un escritor como Martí podía escribir en su columna temas tan diversos como la conveniencia de dormir con gorro, hasta asuntos gravísimos de política internacional. Distinguía cada uno de sus escritos, la ambición estética, el extraordinario resultado literario.

Nos enseña Susana Rotker: “Las crónicas representaron el inicio de la democratización de la escritura y de la lectura; el arte ya no era sólo el reservado a las élites”.

Desdeñada por la academia, por ser su espacio, el perentorio y asalariado de los periódicos, la crónica ha ido ganando cada vez más prestigio. Es hoy por hoy un género cultivado con maestría por muchos que compite con los demás géneros literarios, sin dejar de deberse a la necesidad de comunicar la realidad, sin dejar de ser periodismo y literatura a la vez.

## **ARTURO ALMANDOZ MARTE**

Pido excusas si las consideraciones que voy a hacer a continuación resultan demasiado personales y testimoniales, centradas en mis propios textos, pero es la única manera que encuentro para abordar el tema propuesto en este foro sobre “Los escritores y sus crónicas”. No teniendo una definición clara de éstas, ni mucho menos siendo un estudioso de las mismas, sólo he arrogado ese género para varios de los textos que he venido produciendo desde 2007, por circunstancias que trato de comentar a continuación. Para ello, al tratar de resaltar lo que las crónicas me han permitido, cito algunas obras que me han servido de referentes, así como me apoyo en las consideraciones iniciales de los dos cuadernos que he publicado, contentivos de textos - así se dicen.

### **I. Familiares y urbanas**

Los breves textos de *Crónicas desde San Bernardino* (2011) parten de memorias domésticas, las cuales acaso sólo interesan a los allegados, pero que espejean a la vez los avatares de unas ramas familiares que se urbanizaron en tres generaciones, como unos Buddenbrooks criollos, casi a la par de la Venezuela petrolera y consumista del siglo XX. Lejos de pretender emular, sin embargo, la vasta historia novelada al estilo de *Los Riberas* (1952), con la que Briceño Iragorry trajo al contexto venezolano la novela de Thomas Mann, que a nadie interesaría, por lo demás, es el caso de una modesta saga de clase media, como la de mi familia, en la Venezuela masificada; lejos también del poético provincialismo que rezuma *El osario de Dios* (1969), de Armas Alfonzo, que es mágico álbum entre familiar

y cronístico entroncado con lo atávico, lo nacional y lo mítico; el referente más cercano para mi iniciativa fue quizás *Carriel para la fiesta* (1997), de Elisa Lerner, sin excluir la memoria entre parental y ciudadana que también envuelve lo que conozco de su ensayística y su teatro. De hecho, este volumen que ahora compilo tuvo como título alternativo, en algún momento de su gestación, *Vida sin mamá*, como guiño de reconocimiento ante la cronista por el paralelismo que hay con la figura materna en tanto sustancial interlocutora, que cobra forma y voz después de la muerte, en diálogo aquí con el hijo benjamín, faldero y solterón, circundados ambos por la domesticidad pequeño burguesa venezolana.

Las voces femeninas de la oralidad abren y bosquejan el arco temporal de las familias Almandoz y Marte, que atraviesa estas crónicas desde sus respectivas partidas de Cumaná y Cumarebo, en el oriente y occidente venezolanos, hacia la Caracas de mediados de la era gomecista, hasta cerrarse con la muerte de esas voces, inaudibles ya entre los estertores de la Cuarta República y el amanecer atronador del siglo XXI, en el país cuya violencia se nos ha hecho habitual. En este sentido, como señalara María Antonieta Flores en el prólogo a las *Crónicas desde San Bernardino*:

Mientras avance por las páginas de este libro, al lector no se le escapará que entre la muerte de la madre y la muerte de la ciudad hay un paralelismo inevitable y simbólico, y que la idea de la resurrección arropa a ambas.

## II. Postura generacional y geográfica

Pero ese arco temporal no es dado al lector como un eje cronológico, sino como contorno respunteado de una masa textual que puede resultar informe, por su estructuración personal y caprichosa. En efecto, con algo de superposición cubista, los episodios presentados se descomponen y suceden siguiendo mi propia memoria que los privilegia, creciendo de la infancia a la adolescencia y a la adultez; transitando a ratos desde lo privado hacia lo público, saliendo de la casa a la calle, conduciendo de la urbanización a la ciudad. No obstante ser yo urbanista, esta última siempre ha sido en mi caso, valga decir, un terreno limitado, como el lector puede notar por la recurrencia de los lugares y las referencias caraqueñas. Pero a pesar de esas limitaciones históricas y geográficas, esas crónicas quieren ser también, al menos para un período contemporáneo, una historia de la calle, de San Bernardino y de la Caracas de mi familia, con algo de la animación literaria que, si me permite Mujica Láinez, hace veinte años leí en su *Misteriosa Buenos Aires* (1988).

Escritos desde lo alto de San Bernardino, desde una anodina calle residencial que se dice avenida, esos textos buscan alcanzar un punto de vista que es una *stance*, según el término inglés, porque es mirador y postura a un tiempo. Con algo de altivez, esas que tienen mucho de postales registran fragmentos de nuestro mural de cambios generacionales y zonales, urbanos y nacionales, captados desde una de las primeras urbanizaciones al centro-norte de Caracas, que ha sufrido, desde mi infancia en los años sesenta cuando mi familia comenzó a vivir allí, un deterioro que espejea el de la otrora capital modernista del país en despegue que éramos a la sazón, según las famosas teorías



del desarrollo de Walt Whitman Rostow. También es una postura sombría, no lo niego, la que me lleva a mirar en perspectiva hacia la pretenciosa Gran Venezuela que después se hizo saudita, cuya descomposición y devaluación se trasuntaban en la corrupción y el consumismo de la Caracas disco; tan parecidos a los de ahora, cuando ya lejos de ser un *developing country*, como todavía éramos catalogados mientras estudiaba yo en la universidad, hemos caído en el subdesarrollo endémico y el populismo anacrónico.

Es una *stance* que mira también con extrañeza generacional, lo admito, a una Caracas y a un país violento, no sólo por las sangrientas estadísticas a las que nos hemos acostumbrado los venezolanos desde hace décadas, como a tantos otros azotes y atropellos, sino también por lo enajenante y turbulento de los cambios. Es un país extraño e inhóspito, escenificado en esta lúgubre Caracas que ya no reconozco, inmunda pero no bella, si se me permite parafrasear la contrastante impresión de Alberto Soria de Díaz Rodríguez en la capital pos-guzmancista. Y en este sentido cito de nuevo a Flores al señalar que está presente en *Crónicas desde San Bernardino* lo caraqueño “como discurso y vivencia que se universaliza y no se paraliza en las fronteras de una ciudad determinada, a pesar de la fuerza de los referentes regionales que impregnan el discurso”.

### III. Escritura académica y divulgativa

Mis crónicas están asimismo condicionadas y potenciadas a la vez por otras circunstancias entre profesionales y personales. Habiendo trabajado por casi tres décadas con la escritura académica, llena de citas y apoyada en referencias, se había acrecentado en mí cierto deseo de cultivar una prosa más libre y creativa, sobre todo ahora que, después de la muerte de mamá y de haber obtenido el beneficio de la jubilación universitaria, he cruzado el medio siglo de vida. Con todo y ese afán liberador en el modo de escribir, creo que el didacticismo heredado de la docencia de tantos años me lleva a explicitar, en algunas de estas crónicas, lo ya conocido por la mayoría del público, a bosquejar, por ejemplo, la estructura metropolitana de Caracas, lo que hago pensando principalmente en un eventual lector foráneo, si es que llega a haberlo; a marcarle a éste, como al posible lector más joven, años y episodios de la historia venezolana y caraqueña que han sido cruciales; así como a proveerle de referencias literarias que acaso conoce.

Cabalgado así entre el ensayo y la crónica, como ha hecho notar Michelle Roche, esos textos comenzaron a ser divulgados en una columna de la revista literaria **El Cautivo** (<http://www.elcautivo.org>), cuya directora, María Antonieta Flores, apostó no sólo por resguardar ese espacio para este experimento prosístico, sino también por ser tan entusiasta como cuidadosa lectora y editora de los artículos. Siendo entonces mi primera aproximación a textos no académicos, la mayoría de esas autoproclamadas crónicas partieron, repito, de un material memorioso que entrevera lo familiar y lo urbano con lo nacional y lo extranjero, pero que puede resultar demasiado personal, y hasta cursi a ratos, para el crítico más sofisticado y exigente. Me tranquilizó sin embargo que lectores avezados como Violeta Rojo, Herman Sifontes, Gustavo Valle, Gabriel Payares y Karl Krispin, entre otros, me hicieran llegar desde la liberación de algunas columnas en **El Cautivo**, su mensaje de estímulo para continuar con esta tesitura prosística y narrativa que es nueva

para mí. Así también lo hizo con toda la serie Ángel Alayón, director del muy visitado sitio **Prodavinci** (<http://prodavinci.com>), donde muchas de las crónicas recibieron comentarios de lectores diversos.

#### IV. Entre viajeras y metropolitanas

Lejos está *Regreso de las metrópolis* (2013) de emular deslumbrantes y cosmopolitas libros de viaje que he disfrutado, entre los que sólo menciono, a título de homenaje, algunos que han iluminado mis pesquisas latinoamericanistas sobre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Desde las usanzas y los paisajes que Miguel Cané, el consejero Lisboa y los visitantes victorianos mapearan en los albores de nuestras repúblicas, pasando por las lecciones que los maestros Justo Sierra y José Vasconcelos, salidos del México porfirista, prodigaran desde el emporio yanqui y la Europa latina, o las reflexiones que desde ésta enviaran a la Hispanoamérica arielista y modernista el Rodó de *El camino de Paros* y el Darío de las autobiografías, hasta *Viaje por el país de las máquinas* de Enrique Bernardo Núñez, y *El globo de colores* de Uslar Pietri, en el que el Viejo y el Nuevo Mundo son completados con exóticas bitácoras a lo Julio Verne.

Por contraste con aquellas obras formidables y eruditas, propias de un tiempo humanístico e intelectual en que el turismo no estaba tan diseminado, *Regreso de las metrópolis* carece de afanes enciclopédicos o totalizadores que no sólo escapan de mis luces escasas, sino que además no tendrían sentido en nuestra era informática y comunicacional. Antes bien, estas crónicas triviales se centran sólo en destinos urbanos, que son los que siempre me han llamado la atención y sobre los que creo poder aportar algo al lector interesado. Sin querer entrar en la discusión académica e histórica que no termina de tipificarlas, las *metrópolis* que sirven para unificar esos destinos visitados - que son todos nodos territoriales, demográficos y culturales - tienen una acepción algo caprichosa, sin desprenderse totalmente de connotaciones teóricas y la noción que necesariamente conserva para mí en tanto urbanista. Primordialmente, son casi todas urbes de magnitud millonaria – o de pasado multitudinario – en las que he sentido la emoción de visitar una gran ciudad, que no es lo mismo que una ciudad grande, como bien sabemos los caraqueños. Y ese embeleso se ha plasmado en una anécdota, un personaje o una perspectiva en la que, como en la epifanía urbana de una postal, se manifiesta buena parte de su plexo de significados y mitos asociados. Lejos de ser exhaustivos, éstos principalmente son históricos y literarios, arquitecturales y urbanísticos, en consonancia con mis inquietudes y formación, las cuales no dejan de asomar en la veta ensayística de las crónicas.

#### V. Entre capitales y herederas de Cartago

Desafortunadamente esa epifanía no se ha revelado en todas las ciudades recorridas, no obstante su incontestable condición es metropolitana, en buena medida por no dominar yo -por joven otrora, inexperto e ignorante todavía- herramientas literarias para captarlas durante la visita o para evocarlas ulteriormente. Por ello algunos colegas o familiares que saben de mis andanzas se sorprenden al no encontrar ciudades como Zúrich

y Sevilla, visitadas demasiado temprano en mi primera estadía europea; o como Florencia y Roma, cuyo patrimonio histórico me abrumó al intentar trasuntarlas; o finalmente El Cairo y Sidney, que escapan del diálogo europeo y americano del libro. También se omiten ciudades provinciales en las que he estado, principalmente en España y el Reino Unido, porque no alcanzan, a mi juicio, la condición metropolitana que opera en *Regreso* como criterio unificador. Por todo ello, apelando de nuevo a la intención parcial y selectiva de este cuaderno de viaje, he preferido no forzar, porque sería artificial, descripciones o relatos que no vinieron a mi memoria durante la escritura de esta serie de crónicas.

El embrujo de las ciudades que sí aparecen en *Regreso* emana, en buena medida, de la dominancia política, económica y cultural que a la *metrópoli* atribuyeran historiadores como Oswald Spengler, Arnold Toynbee y Lewis Mumford. Es una fascinación que, por antonomasia, ostentan las capitales nacionales, bien sea las de bullente pasado romano, como Londres y París; o las de aburguesada prosperidad comercial, como Estocolmo y Helsinki, Berlín y Bruselas; o las de capitalidad impuesta o *ex novo*, como Madrid, Versalles, Washington y Brasilia; o las que la heredaron de sus primacías virreinales y coloniales, como Ciudad de México, Buenos Aires y Santiago de Chile. En los territorios y sociedades de sus respectivos estados nacionales, ellas han protagonizado tensiones y rivalidades con urbes secundarias que se han rebelado a ser sojuzgadas política, económica o culturalmente; herederas de la rebeldía de Cartago frente a Roma, esa estirpe de segundas ciudades incluye, *mutatis mutandis*, los casos tan diversos como fascinantes de Barcelona, São Paulo, Milán, Rosario, Lyon, Valparaíso y Chicago, cuya verdadera rivalidad no es con Washington, por cierto, sino con Nueva York, ciudad mundial por excelencia del siglo XX. En casi todas ellas me maravilla que, sobre la base de una febril actividad económica, la identidad cultural se ha reforzado para arrostrar la capital rival, por lo que su ascendencia fenicia es un *leitmotiv* que me permití deslizar en varios de los textos.

Capitales y herederas de Cartago hubieran sido entonces una manera de organizar los textos compilados en este segundo libro, pero tampoco la capitalidad es un hecho tan determinante de la condición metropolitana, bien sea por su posesión o su carencia, por lo que he preferido dejar la antinomia para provocar al lector en el proemio. Al mismo tiempo, tampoco daría cuenta esa dicotomía de todas las ciudades incluidas, como ocurre en los disímiles casos de Miami, Venecia y Salvador de Bahía, si bien podría argüirse que parte del encanto de estas últimas emana de una capitalidad y un esplendor perdidos. Y por cierto, a propósito de la “Serenísima” –y ya para concluir- valga hacer notar que en varios de los textos el imaginario literario y cinematográfico prevalece sobre el recorrido y el anecdotario de la visita, por lo que la naturaleza narrativa de la crónica cede de nuevo ante lo ensayístico. En todo caso, la taxonomía genérica queda a juicio del lector y el crítico, si alguno se interesa.



